

sualidad rítmica, la sensibilidad espiritual, sin dejar un instante de refrescarnos en su magia orquestal, instrumental. Tomemos un ejemplo. Sean unas décimas endecasílabas de la «Balada en honor de las musas de carne y hueso». Rubén liberó al endecasílabo español de la obediencia a la ley de no acentuación en séptima sílaba, volviendo al endecasílabo italiano, dantesco. El caso es que después todos hemos regresado a la estrecha disciplina que no tolera esa llamada, mal llamada, membración anapéstica. Hay una razón para evitarla. Y es que la familia, el linaje de los versos en cuarta, séptima y décima—y más si también son acentuados en primera sílaba—es de carácter completamente opuesto a los de acento en sexta, o en cuarta y octava juntamente. Pero justamente eso es lo que le gusta a Rubén, eso lo que intensifica su delicia personal y la personal delicia del lector u oyente que lo goza. Porque Darío lo usa con un tino tan certero, con tal gracia oportuna, que no hay más que pedir. Verdad es que hoy abundan poetas que tratan al endecasílabo con absoluto desparpajo y dan por válidas otras acentuaciones inarmónicas, pero es porque son poetas que carecen de oído, y a ellos no les suena mal la barbarie, por la misma razón de que no captan el buen sonido de la libertad dentro de la norma:

*Cabellos largos en la buhardilla,
noches de insomnio al blancor del invierno,
pan de dolor con la sal de lo eterno
y ojos de ardor en que Juvencia brilla;
el tiempo en vano mueve su cuchilla,
el hilo de oro permanece ileso;
visión de gloria para el libro impreso
que en sueños va como una mariposa,
y una esperanza en la bola de rosa.
¡La mejor musa es la de carne y hueso!*

*Regio automóvil, regia cetrería,
borla y muceta, heráldica fortuna
nada son como a la luz de la luna
una mujer hecha una melodía.*

(Perdón por un paréntesis al recuerdo de un verso mío a la amada:
«Mi melodía en que mi ser revelo»). Sigue Darío:

*Barca de amar busca la fantasía,
no el «yath» de Alfonso o la barca de Creso.
Da al cuerpo llama y fortifica el seso
ese archivado y vital paraíso;
pasad de largo, Abelardo y Narciso:
¡la mejor musa es la de carne y hueso!*

*Clío está en esa frente hecha de Aurora,
 Euterpe canta en esta lengua fina,
 Talia ríe en la boca divina,
 Melpómene es ese gesto que implora;
 en estos pies Terpsícore se adora,
 cuello inclinado es de Erato embeleso,
 Polyimnia intenta a Calíope proceso
 por esos ojos en que Amor se quema;
 Urania rige todo ese sistema:
 ¡la mejor musa es la de carne y hueso!*

Así canta, así crece y así vibra el verso de Rubén. Volvamos a la música, a los músicos. Hay música que tiembla y palpita de constante elasticidad. Al tocar tal balada de Chopín o tal epílogo de Granados, sentimos que se mueve bajo nuestras manos, que la frase se distiende, que la dureza del marfil se ablanda y se torna cera expresiva y cantora bajo los dedos. El metal, el timbre sonoro se exalta y nos exige un rubato que ha de poner de relieve la suprema elasticidad, el supremo pianismo de la inspiración cantora. Con otros intérpretes en otros instrumentos o en la orquesta entera sucede lo propio ante la obra de muy pocos excelsos artistas. Esta maravillosa, increíble elasticidad del verso es gloria y prez única del verso rubeniano. Es delicia y secreto suyo. Hagamos la prueba de leerle y en seguida leer a otro de los más altos. Poned, elegid a cualquiera de vuestros predilectos. Qué dureza, qué monotonía, qué ingrato el tacto de nuestras manos sobre el teclado que se resiste. Qué falta de elasticidad comparativamente al fuego sonoro, al latido íntimo y profundo del verso del nicaragüense.

Otro tanto podríamos decir del color. Pasar de Rubén a otro poeta es apagarse, oscurecerse, caer en el blanco y negro y empobrecerse del óleo al grabado. Rubén Darío es un mago de la orquesta verbal. El es Chopin y Debussy, pero también Wagner, y otra vez Debussy, no pianista, sino orquestador. Porque, además de su elasticidad domina la instrumentación, en el verdadero sentido de la palabra, no en el lamentable en que se está empleando constantemente en nuestros días, no menos lamentable que en el que se usa el ritmo confundiéndolo con el *tempo*. Y ser gran orquestador en el verso es milagro único en toda la historia de nuestra poesía hispánica; sobre todo, serlo con el gusto, exquisito y arriesgado, del gran poeta del «Canto a la Argentina», ese prodigio de ritmo sobre módulo eneasílabo, pero con escapadas a sus hermanos o a sus más alejados primos. Y ¿qué diremos de «La salutación del optimista»? Gracias a ese sentido generoso, amplísimo y delicadísimo del timbre y de las alianzas sutiles de timbres de la gran orquesta, Rubén Darío es lírico y épico a la vez

en la única forma que se puede ser en nuestro tiempo, dando toda la anchura de la voz de pecho, no a la trivialidad de un relato cansino, sino a la intensidad rápida de una visión objetiva y transfigurada en lo coral, patrio y heroico, y toda la hondura profundísima y estremecedora a lo íntimo de una alma. Aun en obrecillas que, como a Fray Luis, se le cayeron de la mano, pero que Rubén ni se detuvo a recoger del suelo, como esta estrofa:

*Mi vida, como Asuero a Ester,
maceré en sagrados unguentos,
nadie ha visto mis pensamientos
del modo que se deben ver.*

«Nadie ha visto mis pensamientos / del modo que se deben ver.»
Qué conciencia de sí mismo y qué abismos revela la confesión de esos versos:

*Yo siempre guardo mis alientos
confiado en que tienen poder
los misteriosos elementos...
¡Ya tengo miedo de querer!*

Hemos citado a Debussy y su orquesta. Su grandiosa y delicadísima libertad, el alma de la mar que esplende en la orquesta poética, libérrima de *La Mer*, ¿no está ya en la «Marina», de Darío? «Marina» data de unos años antes que la sinfonía de Debussy, de 1903. Y para mayor hermandad surge a la visión del mar de Normandía. Todo el mar, ejemplo soberano de libertad y de elasticidad, se revuelve, sublime, en los versos orquestales—y tan íntimos también, tan espirituales—de Darío:

*Mar armonioso,
mar maravilloso;
tu salada fragancia,
tus colores y músicas sonoras
me dan la sensación divina de mi infancia,
en que suaves las horas
venían en un paso de danza reposada
a dejarme un ensueño o regalo de hada.*

*Mar armonioso,
mar maravilloso,
de arcadas de diamante que se rompen en velos
rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,
espejos de mis vagas ciudades de los cielos,
blanco y azul tumulto
de donde brota un canto*

inextinguible:

*mar paternal, mar santo:
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.*

*Velas de los Colones
y velas de los Vascos,
hostigadas por odios de ciclones
ante la hostilidad de los peñascos;
o galeras de oro,
velas purpúreas de bajeles
que saludaron el mugir del toro
celeste, con Europa sobre el lomo
que salpicaba la revuelta espuma.
Magnífico y sonoro
se oye en las aguas como
un tropel de tropeles,
¡tropel de los tropeles de tritones!
Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,
brillan piedras preciosas,
mientras en las revueltas extensiones
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.*

Pasemos ahora a recordar algunos ejemplos de poesías, estrofas o versos sueltos de Darío para comprobar cuanto venimos diciendo.

DE LA SAGRADA SELVA LA ARMONÍA

Una de las estrofas del prólogo poético a los *Cantos de vida y esperanza*, una de las más recordadas, es ésta:

*Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.*

En ella late una ambigüedad. La preposición *de* con que se inicia el cuarto verso, ¿indica procedencia, o calidad y privatividad de la armonía? La armonía que nos canta, ¿es la armonía sin más, cualquier armonía, toda la armonía, o específicamente la armonía de la selva sagrada? En el fondo, las dos cosas. Es toda la armonía y viene de la sagrada selva, donde preexistía, y nada más que allí, en ella. No creo que en ninguna lengua se haya dado prodigio de sensibilidad poético-musical comparable al de nuestro poeta. La musicalidad de Darío la ha estudiado a fondo y con exquisita finura Erika Lorenz en su libro *Rubén Darío bajo el divino imperio de la música*. «Bajo el divino imperio de la música» es una frase «con la que define su propia poesía Rubén en las "dilucidaciones" que abren *El canto errante*.» También hubiera podido decir al revés: «la música bajo el divino imperio de Rubén» o «bajo el imperio del divino Rubén». Porque si